

III ACTIVIDADES DE URGENCIA

Volumen 1

ANUARIO ARQUEOLÓGICO
DE ANDALUCÍA / 1999

ANUARIO ARQUEOLÓGICO DE ANDALUCÍA 1999
ACTIVIDADES DE URGENCIA
INFORMES Y MEMORIAS
Volumen 1

ANUARIO ARQUEOLÓGICO DE ANDALUCÍA 99. III-1

Abreviatura: AAA'99.III-1

Edita: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.

Coordinación de la edición:

Dirección General de Bienes Culturales

Servicio de Investigación y Difusión del Patrimonio Histórico

C/. Levies, 17. Sevilla

Tel. 955036600. Fax: 955036621.

Impresión: R.C. Impresores

© de la presente edición: Junta de Andalucía.

Consejería de Cultura. E.P.G.

ISBN: 84-8266-276-7 (Obra completa)

ISBN: 84-8266-279-1 (Tomo III-1).

Depósito Legal: SE-1316-2002-III-1

EXCAVACIÓN ARQUEOLÓGICA DE URGENCIA EN EL CALLEJÓN DEL GALLO (GRANADA).

ANDRÉS M^a ADROHER AUROUX
ANTONIO LÓPEZ MARCOS
ALEJANDRO CABALLERO COBOS
JUAN ANTONIO SALVADOR OYONATE
FRANCISCO J. BRAO GONZÁLEZ

Resumen: Entre octubre de 1998 y febrero de 1999, se realizó la excavación en extensión de un solar situado en el Callejón del Gallo, enclavado en el barrio del Albaicín. Los resultados obtenidos han permitido analizar la evolución urbanística de esta parte de la colina desde la ciudad protobérica hasta nuestros días.

Abstract: Between October 1998 and February 1999, an open area excavation was carried out in a site placed in the Callejón del Gallo, which is in the Albaicín district. The results attained have permitted to analyze the urban evolution of this part of the hill, from the proto-Iberic city to the present one.

1. INTRODUCCIÓN.

La excavación se desarrolló entre los días 27 de octubre de 1998 y 2 de febrero de 1999 en el solar del Callejón del Gallo, s/n. En dicho solar está prevista la construcción de un zoco de artesanía. Esta intervención es una de las múltiples aprobadas por la Comisión Europea en el marco del Proyecto Piloto Urbano que gestiona la fundación Patrimonio del Albaicín (organismo gestor del proyecto, está integrada por varios organismos como el Ayuntamiento, el Ministerio de Educación y Ciencia, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, la Excm. Diputación Provincial de Granada, la Universidad de Granada y la Junta Municipal de Distrito del Albaicín), a la que desde aquí queremos expresar nuestro agradecimiento por el interés mostrado, en especial a D. Carlos Mas, gerente de la misma en la época en que se llevó a cabo.

El solar tiene forma de L y una superficie de 1.641,51 m². Como la zona del lado corto va destinada a espacio público, únicamente se hacía necesaria la excavación del lado largo, lugar donde se plantearon los dos cortes, que por razones de organización interna del equipo y del sistema de registro empleado, han sido numerados como corte 2 y corte 3. En ambos cortes se llegó hasta el sustrato natural.

A grandes rasgos, podemos afirmar que los niveles arqueológicos se encuentran muy erosionados como consecuencia de la escasa profundidad a la que aparece la roca (profundidad media de 2 m, aunque en algunos puntos desciende hasta cuatro). Por otra parte, las estructuras más recientes, que deben datarse entre los siglos XVII y XVIII han alterado por completo la estratigrafía, ya que algunos de los muros de ese período se asientan directamente sobre la roca. Este hecho ha determinado, entre otras cosas, la casi total inexistencia de estructuras medievales.

2. PLANTEAMIENTO DE LA EXCAVACIÓN.

En un primer momento se definió el corte 2 (el situado más al norte). Su configuración inicial era completamente rectangular, con 11 metros de anchura (E-W) por 21 de longitud (N-S). Iniciamos la excavación de un primer nivel superficial hasta que localizamos las primeras estructuras, las cuales formaban parte de una fábrica de cañamo y lona y que fechamos hacia el siglo XVIII por la presencia de cerámica de Fajalauza en los rellenos fundacionales de los distintos muros. Entre las estructuras se destacan algunas tinajas parcialmente enterradas en el suelo. Consideramos que dichas estructuras, una vez documentadas, no merecían mayor atención y levantamos la mayor parte de ellas, momento a partir del cual empezaba a aparecer la placa de caliza que conforma un nivel edafológico tipo C, por lo que consideramos necesario abrir el corte 3 con el fin de ir correlacionando los datos de ambos.

En este corte 2 se realizaron con posterioridad dos ampliaciones; una, hacia el oeste, con una anchura de 2,5 m (sentido este-oeste) y 8 m de longitud (sentido norte-sur). Esta ampliación fue pensada para determinar la funcionalidad y extensión de un suelo romano (SL220) existente junto al perfil occidental. Al mismo tiempo, en el perfil opuesto, al este, se había documentado la existencia de una estructura en *opus signinum*, con una anchura de 1,2 m. La entidad de la misma, y el hecho de tratarse de la estructura romana mejor conservada de las aparecidas planteó la necesidad de ampliar el perfil con una anchura de 5 m (este-oeste) y una longitud de 3,5 m (norte-sur). Con estas dos ampliaciones el corte 2 llegó a tener 260 m².

La existencia de viviendas cercanas, el trazado de un canal de desagüe que en sentido este-oeste atravesaba la totalidad del solar para dar salida a las aguas residuales de la única vivienda en ese momento ocupada así como la presencia de una higuera que se hacía necesario conservar, según dictámenes de Medio Ambiente, determinaron el trazado del corte 3 (un rectángulo de 13 metros de longitud (N-S) por 16 metros de anchura (E-W), si bien la esquina noroccidental (NW) presenta un bisel como consecuencia de la obligatoriedad de mantener la citada higuera. La superficie final es de 208,9 m². En este corte, la aparición de la roca es homogénea en toda su superficie, sin grandes desfases, de modo que bajo los niveles más modernos de los siglos XVII y XVIII, se ubican algunos, aunque escasos, restos romanos muy alterados. En los últimos 50 cm se documentaron estratos y estructuras protoibéricas (675-600 a.C.).

3. REGISTRO Y ANÁLISIS ARQUEOLÓGICO.

El sistema de registro utilizado es de elaboración propia, tomando como base el SYSLAT, registrado en el C.N.R.S. francés y coordinado por Michel Py. Nosotros, a raíz de las propias experiencias de nuestro equipo, estamos desarrollando un sistema con algunas variantes, siendo la principal establecer un registro multiactivo en entorno PC, a partir de la versión 4.0 de File Maker TM.

Dentro de este sistema, la unidad básica de documentación es la Unidad Estratigráfica (UE, en adelante), de modo que cualquier número de UE presenta cuatro cifras, indicando la primera de ellas el corte y las tres siguientes el número de orden correspondiente. Un conjunto de UE pueden agruparse formando lo que denominamos Hecho, como un muro, un suelo, un hogar. En este caso, la denominación de hecho viene determinada por un código de dos letras (MR=Muro, HG=Hogar, SL=Suelo, etc.) al que se une un número de tres cifras, indicando la primera el corte y la segunda el número de orden; lo prioritario en el Hecho es el número, de modo que no puede haber dos Hechos con la misma numeración, a pesar de que uno pudiera tratarse, por ejemplo, de un muro y el otro de un suelo. Podría decirse que el código no es otra cosa que el adjetivo de un hecho determinado. De este modo, cuando en el texto se haga referencia a una Unidad Estratigráfica siempre será un número de cuatro cifras precedido de las letras UE (UE 2134); por su lado, en los Hechos irán conjuntamente un código y, unido a él, un número de tres cifras (MR201).

Respecto al material, los análisis de porcentajes se refieren al sistema de cuantificación, numerosas veces experimentado en relación a las cerámicas clásicas, y cada vez más aceptado, de número mínimo de individuos. Existe una cuantificación por número de fragmentos pero, salvo que se cite lo contrario en el texto, no será utilizado en las valoraciones porcentuales. Las distintas clases cerámicas, generalmente codificadas, se agrupan en categorías que, independientemente del período al que pertenezcan (ibérico, romano, medieval o moderno) son siempre cerámicas finas, comunes, a mano y de almacenaje/transporte.

El conjunto del registro se compone de una serie de archivos agrupados por cortes, a saber:

- Reducidas: o listado de unidades, con una referencia mínima pero imprescindible de información sobre cada una de las Unidades Estratigráficas.
- UE: fichero que incluye la totalidad de la información existente respecto a una Unidad Estratigráfica concreta.
- Invhechos: o listado de Hechos, con referencia mínima y suficiente.
- Hechos: fichero donde se contiene la totalidad de la información relativa a cada Hecho.
- Estancias: fichero que agrupa la información en unidades superiores a los hechos, es decir, un conjunto de Hechos y de UE sincrónicas que se agrupan conformando una estructura superior con una funcionalidad concreta, como, por ejemplo, una habitación.
- Mobiliario: inventario de los objetos aparecidos, así como de los números de las cajas en las que se encuentran.
- Cerámica: estudio analítico de las clases de cerámicas y de su cuantificación, presentes en cada estrato.

- Tipología: estudio tipológico de las piezas cerámicas aparecidas.

- Cronología: discusión sobre los elementos que determinan la cronología establecida para cada estrato.

4. URBANISMO.

4.1. Los niveles ibéricos.

A diferencia de lo que veremos para la fase romana, en que el Corte 2 parece fundamental, el Corte 3 es determinante para conocer el desarrollo de las fases ibéricas (fig. 4. 1) y, en concreto, las protoibéricas ya que en el Corte 2 la fases prerromanas son del todo inexistentes.

Por primera vez en más de una década de excavaciones arqueológicas en el barrio del Albaicín se han podido aislar niveles de ocupación que debemos relacionar con el momento de fundación del *oppidum* ibérico de *Iliberri*. Hasta ahora los niveles protoibéricos sólo habían sido documentados de forma meramente testimonial, unas veces porque las fuertes reestructuraciones sufridas por la ciudad a lo largo de su historia han destruido cualquier evidencia y, otras, inherentes a la propia metodología de excavación por sondeos estratigráficos. Los niveles protoibéricos aparecen dispersos por la casi totalidad del corte 3, aunque la fuerte alteración sufrida principalmente en época medieval ha hecho que se presenten lagunariamente, a veces sin relación estructural alguna.

Los materiales cerámicos recuperados de estos niveles indican una ocupación desde, al menos, los inicios del siglo VII a. C. con un abandono hacia el 600 a.C. Posteriormente, no volveremos a encontrar evidencias de ocupación de esta zona hasta finales del siglo III-II a.C., ya en época ibérica tardía.

a) Fase protoibérica: 675-600 a.C. (Fase E1).

Fase E1a (675-650 a.C.) (fig. 1. A).

En un momento indeterminado de la primera mitad del siglo VII a.C. (posiblemente dentro del segundo cuarto) comienza a ocuparse la colina del Albaicín. Sobre la procedencia de los fundadores todo apunta a que procederían de yacimientos ocupados durante el Bronce Final en los bordes de la Vega granadina.

Resulta obvio que como paso previo a la fundación debieron de realizarse trabajos generales de acondicionamiento entre los que debiéramos citar la deforestación y el acondicionamiento general de la topografía. Este último punto queda demostrado en momentos como la instalación de la cabaña 3 o la construcción del muro perimetral o muralla (MR321-MR333). Antes de levantarse se regularizó el substrato geológico con arcillas, arenas y pequeños guijarros como así puede verse en el tramo al oeste de la puerta (fig. 2); otras veces está cimentada directamente sobre la roca natural adaptándose a su superficie (extremo oriental del tramo al este del acceso). Localizada transversalmente a todo el corte tenemos documentada una longitud de 15 m con una anchura media de 1 metro. La técnica constructiva esta a medio camino entre la mampostería y el tapial pues se utilizaron piedras



A



B

FIG. 1. Zona 3. Evolución urbanística protoibérica: A, fases E1a (675-650 a. C.) y E1b (construcción de la cabaña 3; 650-600 a. C.); B, fases E1c (650-600 a. C.) y E1d (ocupación extramuros; h. 600 a. C.).

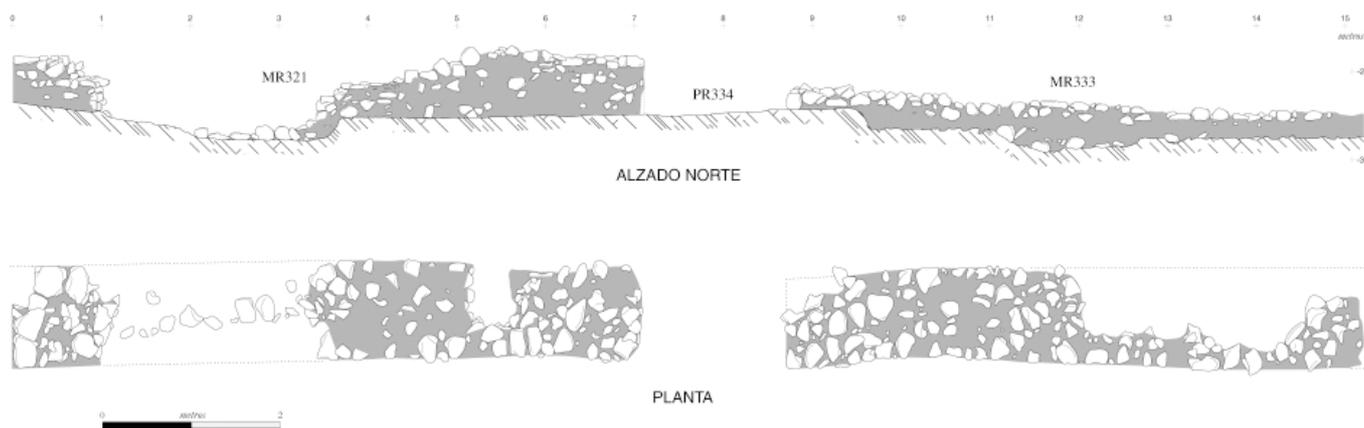


FIG. 2. Zona 3. Planta y alzado externo de la muralla protoibérica (675-600 a. C.).

de tamaño medio inmersas en una matriz de tierra y barro; la elevación máxima que aún se conservaba en algunos puntos era de 80 cm. Parece claro que estaría enfoscada con un revestimiento arcilloso de, al menos 2-4 cm. de espesor (cf. lám. I, e). Por lo que respecta a la cronología de la misma, podemos concretar que ya existe hacia el 675-650 a.C., según se desprende por el material recuperado del nivel de ocupación más antiguo, la UE 3141, capa cenicienta y carbonosa con casi cinco cm de espesor junto a la muralla (lám. I, c).

No existen niveles contemporáneos en el resto del corte y no parece que los hubiera nunca al menos hasta una fase posterior. La capa de cenizas que aparece junto a la muralla sin duda es el resultado de la combustión de un volumen importante de materia vegetal que bien pudo estar concentrada en este punto para utilizarse como combustible. Otra hipótesis que barajamos al principio consideraba la estabulación de ganado al anochecer en este área cercana a la puerta el motivo de que se acumulara tanto vegetal (para el forraje) aunque las pruebas de paleoparasitología realizadas no han podido contrastarla. Existe una tercera hipótesis que debiéramos considerar y es el hecho de que tanta ceniza y carbón proceda de la combustión de parte de una cubierta vegetal que podíamos relacionar con habitáculos junto a la muralla aunque la posibilidad de que hubiese casas adosadas hoy por hoy la descartamos ya que ni hemos encontrado restos de muros (perpendicular al tramo oeste existe una alineación de piedras pero no nos queda claro que pudiera tratarse de parte de un zócalo) ni agujeros de poste que permitieran conformar una estructura abierta aunque techada. Más probable resulta el hecho de que existiera un paso de ronda de madera encajado en la estructura de tapial y piedra de la muralla que con el abandono acabó por derrumbarse y arder. El hecho de que las cenizas sólo aparecen a lo largo de la muralla en una franja de 1 m de anchura además de que conforme nos separamos de ella desaparecen apoyaría esta última hipótesis.

El sistema de acceso. En el centro del tramo documentado de la muralla existe una puerta de 1,55 m de vano. Hemos de considerar que el camino para subir al recinto amurallado estaría empedrado, al menos en su recorrido final como así lo confirma el empedrado extramuros de pequeños guijarros dispuesto en todo el espacio alrededor de la muralla y que se

hace cada vez más cuidado y compacto conforme nos aproximamos al umbral, momento en el que es sustituido por uno mucho más depurado construido con gravilla compactada con restos de una especie de cal (lám I, d).

Fase E1b (650-600 a.C.).

Debemos considerar que el poblado fue creciendo paulatinamente y, si bien, en la fase anterior las zonas intramuros próximas a la muralla aparecen despobladas, asistimos en este momento a la instalación de nuevas cabañas tras rellenar, inicialmente, los desniveles de la roca natural con tierra y gravas.

De esta fase no hemos encontrado niveles de ocupación que nos permitiera relacionarla con la fase anterior, aspecto que se ve agravado por la ausencia de contacto entre las estructuras y la muralla; esto ha motivado que tengamos que recurrir al análisis cuantitativo y tipológico de la cerámica de los rellenos de nivelación y construcción (UEs 3125 y 3127) para definir esta segunda fase cuyo inicio se dataría a mediados del siglo VII a.C.

Cabaña 3 (lám. I, f).

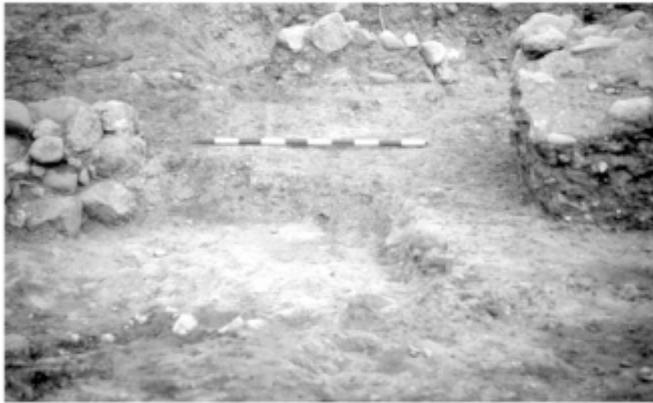
Sólo se ha documentado restos de una casa en el ángulo sudeste de la excavación (fig. 1, A). Tanto las paredes de esta cabaña como las documentadas en fases posteriores están formadas por un zócalo de piedra sobre las que debió disponerse un alzado de tapial o de adobe, aunque la ausencia de derrumbes no nos permite precisar si existió o no elevación de este material. Sólo quedan los restos de dos muros alineados (MR325 y MR332) con una puerta en el centro (PR336) y un tercero (MR339) dispuesto en ángulo recto a aquéllos y conformando una superficie de casi 6 m² (lám. I, g). Aunque de los muros de la cabaña sólo quedan dos hiladas de piedra, el zócalo debió tener una o dos hiladas más a lo sumo. La técnica constructiva consiste en mampostería de aparejo irregular con doble hilada de piedras y relleno interno de pequeños guijarros para formar una pared de 56 cm de anchura media. Las piedras aparecen dispuestas de tal forma que la cara presenta un paramento regular al interior mientras que al exterior el aspecto está peor cuidado. En la zona próxima a la puerta se han utilizado piedras de mayor tamaño y cara más regular lo que demuestra que este hueco correspondía a una puerta y no a un arrasamiento lagunar del muro.



a



d



b



e



c



f



g

LÁM. I. Zona 3. Fase protoibérica: a, lienzo oriental de la muralla desde el interior; b, puerta; c, vista general de la muralla; d, detalle del empedrado de la entrada; e, nivel de ocupación de la fase E1; f, vista aérea de la cabaña 3; y, g, cabaña 3 y restos del nivel de ocupación.

Fase E1c (650-600 a.C.) (fig. 1, B).

La muralla sigue funcionando con la misma configuración que conocíamos si bien no podemos asociar ningún nivel de uso o funcionamiento contemporáneo a la de las dos cabañas del ángulo sudeste.

Cabaña 2. En este momento se pasa a reestructurar el espacio intramuros y encontramos con que un sedimento de color marrón claro cubre los restos arrasados de la cabaña 3. El origen del mismo quizás debiéramos buscarlo en el propio sistema constructivo de las paredes (tapial) al demolerlas o derrumbarse. Sobre este estrato (UE 3119) se construirá una nueva casa de la que sólo hemos encontrado el ángulo nordeste (formado por los muros MR327 y MR328). La técnica constructiva de los muros varía con respecto a la fase anterior; el zócalo, del que se conserva en altura sólo una hilada, tiene 40 cm de anchura y a veces como podemos ver en el caso del MR328 sólo está construido con una sola línea de piedras de gran tamaño. El suelo SL326, con una superficie conservada de 1,6 m² es de tierra apisonada. Como pauta común de los niveles de ocupación no quedaba prácticamente nada de mobiliario.

Cabaña 1. En el extremo más sudoriental de la zona 3 quedan restos de un muro (sólo 70 cm de desarrollo) de 40 cm de anchura y con idéntico sistema constructivo y orientación que los anteriores. No obstante, el hecho de que no exista contacto alguno entre ambos conjuntos nos ha obligado a contemplarlas como casas diferentes, aunque muy bien pudieron tratarse de habitaciones contiguas. El suelo (SL338) estaba construido de arcilla apisonada y recocida.

Fase E1d (650-600 a.C.) (fig. 1, B).

Esta fase resulta especialmente interesante pues, por primera vez, el crecimiento del *oppidum* ha provocado que las estructuras rebasen la barrera física de la muralla. Esto lleva implícito un cambio en la configuración de la muralla. Se rellenan los espacios tanto al interior como al exterior y el nivel de ocupación y/o circulación queda muy por encima de los anteriores. El empedrado construido alrededor de la muralla desaparece bajo medio metro de sedimento y se construye justo en el frontal de la puerta un muro del que apenas si se ha conservado una hilada de piedras y una longitud de 75 cm. (lám. I, b). El ancho no podemos precisarlo ya que la construcción de una canalización de aguas fecales en la actualidad lo ha mutilado por lo que no nos queda claro si esta estructura (ES335) amortizaba el acceso al poblado fortificado o pudiera tratarse de una especie de proteichisma; evidentemente no tiene la entidad que suelen tener éstos pero bien pudo cumplir idéntica función: la de dificultar el acceso directo al interior del recinto. De cualquier forma encontramos un sedimento arcilloso con carbones y cenizas (SL323) que evidencia la ocupación del interior en la zona próxima a la muralla.

En el extremo nordeste del sondeo, extramuros, se ha excavado un pequeño hogar circular (HG324) de 35 cm. de diámetro. Está construido en cubeta con suelo de cerámica refractaria. Bajo el suelo de cerámica nos llamó la atención el hecho de que la cubeta presentara las paredes recocidas, como si se hubiese utilizado previamente como una especie de horno antes de convertirse en un hogar. A este respecto nada más

podemos decir añadir salvo que las muestras recogidas del sedimento interior (UE2104), muy ceniciento, contenía restos de peces. La presencia de esta estructura evidencia la expansión del poblado fuera de la muralla. El suelo SL340 con el que estaría funcionando el hogar está construido con arcilla apisonada; la fuerte erosión moderna presente en todo este extremo norte hace que sólo se conserve la zona inmediatamente próxima al hogar. Tanto el material cerámico recogido de los restos del suelo con el que estaría funcionando el hogar como la cerámica usada como refractaria arroja una cronología próxima al cambio de siglo (h. 600 a.C.).

Fase E1e (h. 600 a.C.). Amortización de los niveles protoibéricos.

No tenemos información alguna sobre el proceso de abandono de la muralla. Por algunos rellenos que la cubren parcialmente y los que sedimentan los restos de las cabañas 1 y 2 así como el hogar extramuros (UE 3061) podemos decir que en los inicios del siglo VI a.C. todo el conjunto se abandona. En la zona entorno a la muralla encontramos el sedimento de color marrón claro, algo rojizo, muy compacto y sin restos de cerámica ni intrusiones de ningún tipo lo que nos hizo suponer que podríamos estar ante la evidencia del desmoronamiento continuado de la elevación del tapial. Debemos añadir que hasta que no se levantó este estrato no comenzaron a parecer restos materiales de actividad humana de forma que parecía que sellaba las últimas evidencias de ocupación.

b) Fase Ibérico Final: ss. III-II a.C. (Fase E4).

La gran cantidad de remociones habidas en este área, desde época tardorromana principalmente, unido al hecho de la relativa superficialidad que presenta la roca provocó el grado de arrasamiento y alteraciones que presentan los diferentes niveles arqueológicos. De la existencia de ocupación en el siglo III a.C. tenemos constancia por la presencia de materiales cerámicos como algunos cuencos-lucernas de pie alto y algunas pintadas ibéricas de muy buena calidad.

El fin de la Segunda Guerra Púnica marcó el comienzo de una nueva época en el control y dominio de las rutas mediterráneas de navegación. Roma sería a partir de ese momento la única potencia naval y aunque los enclaves autónomos cartagineses del norte de Africa, incluida Cartago, viven un cierto momento de esplendor durante la primera mitad del siglo II, tras la Tercera Guerra Púnica y la destrucción definitiva de Cartago (146 a.C.) Roma pasará a detentar el monopolio comercial en el Mediterráneo Occidental. En el marco de esta coyuntura debemos encuadrar las importaciones de campaniense A y ánfora grecoitalica Dr.1A que aparecen en los niveles tardíos del Callejón del Gallo y que denotan la ocupación humana en este momento, única forma demostrarla ya que no existen estructuras de ningún tipo.

No será hasta el siglo I d.C. cuando volvamos a encontrar actividad urbanística en la zona 3 del Callejón del Gallo.

4.2. Los niveles romanos.

Aunque existan algunas estructuras relacionadas con las fases romanas en el Corte 3 es, sin duda y a diferencia de lo

que sucede con las fases anteriores, el Corte 2 el que mejor ejemplifica la evolución urbana de esta zona durante el período de ocupación romano. De hecho, las distintas subfases se han establecido de acuerdo con lo observado en dicho sondeo.

a) Primera Fase: 50 a.C./ 1 a.C. (Fase D1).

El primer nivel de ocupación correspondiente al período romano pueden definirse como una fase romano tardo-republicana o de inicios de época augustea (Fase 2D1), que hemos fechado en la segunda mitad del siglo I a.C.

Las estructuras que pertenecen a este período se ubican sobre el substrato rocoso, que se presenta prácticamente plano en la mayor parte de la superficie del corte, a excepción hecha del fondo norte donde baja de forma marcada, hasta 60 cm a menos de dos metros del perfil septentrional. No obstante, dicha bajada no es homogénea en su frontal, ya que en la mitad oriental existe una pared completamente vertical, en tanto que, al aproximarnos al perfil oeste, la diferencia de nivel se salva mediante una pendiente mucho más suave. De esta forma podemos hablar de la existencia de una terraza que debió construirse sin duda aprovechando que el perfil del cerro empieza a descender a partir de este punto, tanto hacia el Norte como hacia el Este.

Una de las primeras actuaciones que se produjeron (presumiblemente la primera de todas) debió consistir en la estructuración de la zona de terraza, en primer lugar, rebajando ligeramente la base de la misma y, posteriormente, incorporando un muro del que hemos encontrado dos tramos (los muros MR248 al este y MR272 al oeste). Debe tratarse del mismo muro ya que los restos presentan las mismas características constructivas y la misma orientación; forman así un muro de terraza de unos 80 cm de anchura media y una longitud de 5,8 m desde el perfil oriental hasta el centro del sector, donde conecta con un muro perpendicular a él (MR273), el cual presenta un solo paramento conservado, el de su lado oriental. La orientación supone un cambio radical en relación con el anterior, formando entre ellos un ángulo recto; el MR273, a diferencia de los anteriores, presenta argamasa en las juntas de las piedras, lo más probable debido a que al formar parte, como veremos más adelante, de una rampa de acceso, puedan existir problemas de estabilidad a causa de la pendiente.

El MR273 está definiendo un espacio que se caracteriza por presentar un nivel de preparación de un suelo (SL263) que ascendería formando una rampa de acceso a la terraza superior en dirección norte-sur. Lo que en realidad se conserva es un nivel amarillento de una masa arcillosa muy plástica que, analizada al microscopio parece tratarse de margas seleccionadas de forma antrópica. De hecho podremos comprobar cómo estas margas seleccionadas están presentes en otros niveles de preparación de otras estructuras de esta misma fase (SL255). Lo que no podemos determinar es ni el sistema que conformaría el nivel de circulación del suelo ni si éste se distribuía en rampa o en escalera ya que las fosas medievales y tardoantiguas han impedido que se conserve resto alguno.

El conjunto formado por el MR273 y el suelo de acceso define dos espacios claramente diferenciados en la parte norte

del corte 2. El primero, ya descrito, es el que conserva la pared de delimitación septentrional de la terraza y está situado en el extremo oriental. No presenta ningún nivel de ocupación ni circulación. En el extremo opuesto de este sector nos encontramos que tras la rampa de acceso existen una serie de estructuras que plantean aún una mayor complejidad. Por un lado se observa un muro que, con la misma dirección que el MR272 está mucho más bajo en lo que a cotas se refiere: el MR269, muy mal conservado y que, habiendo excavado su fosa fundacional en la misma roca natural, presenta un nivel de suelo de arena y grava ligado a él por el norte, el SL270, que, presumiblemente, podría haber continuado hacia el este hasta conectar con la rampa SL263. De esta forma, tendríamos que el MR269 sería un muro perimetral de la terraza con lo que estaría definiendo parte de la entrada en la misma, que se dispondría en recodo y estaría formada por los suelos SL270 y SL263, el segundo de los cuales sería el que realmente salvaría el desnivel entre el exterior y la terraza.

Según se sube por el acceso que hemos descrito, a la derecha (hacia el oeste), encontramos una nueva estructura; se trata de un espacio definido por dos muros conservados y un suelo de *opus caementicium*, pero que presenta las paredes con estuco de color ocre (DP271). Lo que al principio consideramos una pileta, posteriormente lo interpretamos, por estar decorado, como una unidad doméstica, cuyo nivel de suelo se situaría al mismo nivel que la terraza inferior, es decir, que se situaría a la altura en la que se encuentra la cota del SL270. Se trataba de una habitación parcialmente excavada en la roca (lám. II, a). La habitación pervive durante muy poco tiempo, ya que fue totalmente amortizada como consecuencia de la construcción del sistema hidráulico de época alto imperial.

b) Segunda Fase: Alto Imperial, 25/75 d.C. (Fase D2, fig. 3).

Las estructuras mencionadas en la fase anterior, parecen pervivir hasta el primer cuarto del siglo I d.C., momento en que se amortiza la habitación DP271, con materiales como sigillatas sudgálicas, paredes finas con engobe y comunes ibero-romanas (UE 2237). Esta amortización coincide con la segunda fase de ocupación romana, correspondiente al Alto Imperio y que hemos datado entre el 25 y el 75 d.C.

Lo primero que podemos destacar es que se mantiene la estructuración en terraza sin cambio alguno. En la zona central occidental encontramos un suelo hecho de *opus caementicium*, que se extiende sin estructuras que se le asocien (SL220). No obstante, parece claro que existirían dos niveles de suelo en la extensión del corte 2, ya que encontramos otros dos de semejantes características. Por un lado el SL274, que aparece por debajo de un muro construido en la fase bajoimperial (2D3), presenta una pendiente de ascenso hacia el oeste, buscando el SL220 que se encuentra más alto en la zona occidental del corte. Asimismo, encontramos restos del *rudus* de otro suelo, que hemos denominado SL265 situado en la zona central septentrional del corte, sobre la canalización CN234; parece ser que la totalidad de la terraza, salvo casos concretos, estaba cubierta de un suelo de *opus caementicium*.

Hacia el oeste se puede encontrar una estancia numerada como 204 compuesta por dos muros que definen un espacio

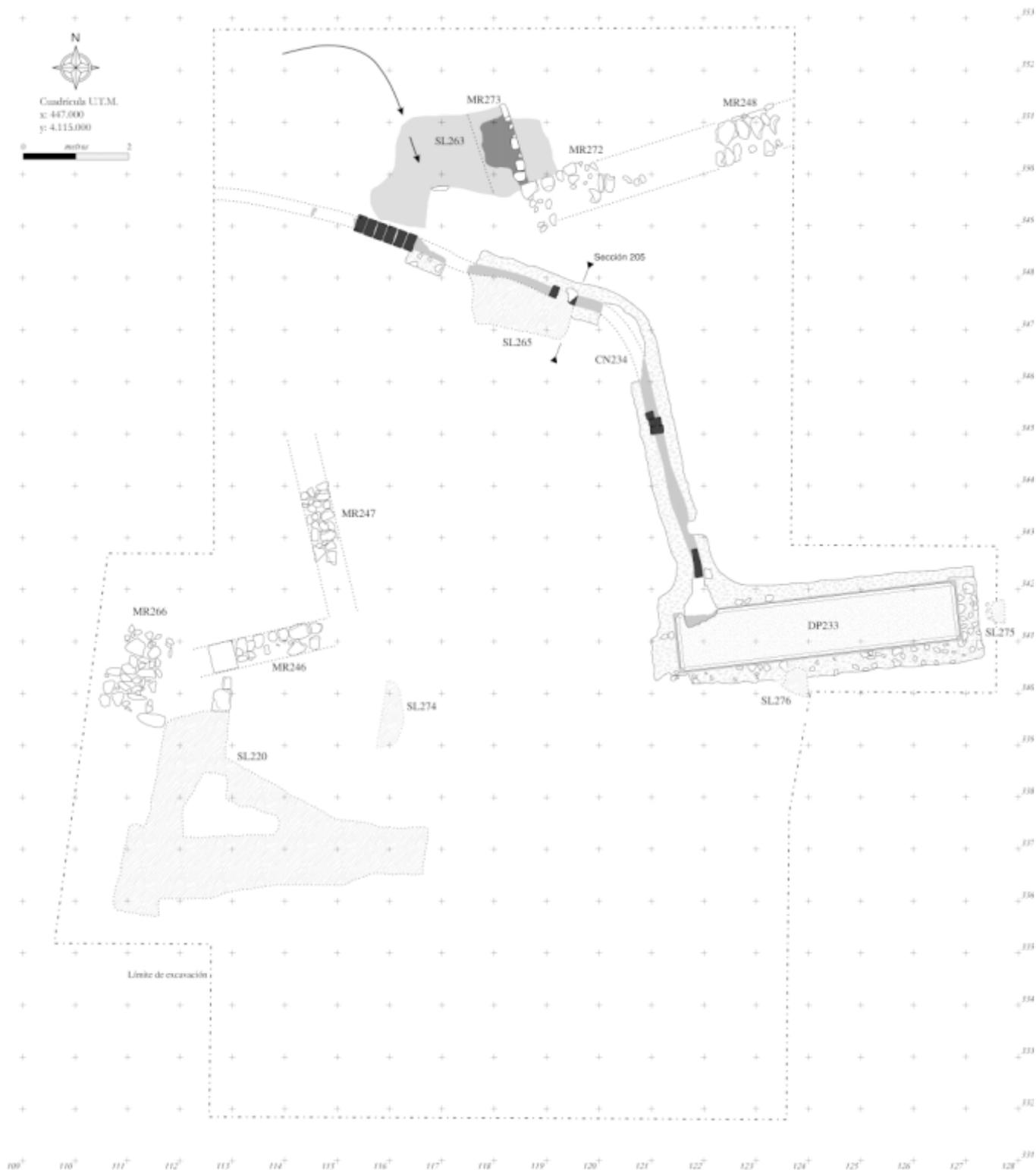


FIG. 3. Zona 2. Plano con las estructuras romanas de la fase D2 (25/75 d. C.).

rectangular (MR246 y MR247); el sistema constructivo de estos muros es completamente distinto a lo que conocíamos en el período anterior, pues las piedras más utilizadas son bloques de travertino recortados aunque no bien esquadros.

En el extremo opuesto, es decir, en la ampliación oriental, se documenta la existencia de un depósito cuyas medidas originales son 5,2 m de longitud por 1,2 de anchura y

0,8 m de altura (fig. 4.; lám. II, b), aunque hoy en día la profundidad completa se conserva solamente en dos puntos que coinciden con los restos de suelos del mismo tipo de material (*opus signinum*) y que permiten considerar que la totalidad de la pileta estaba rodeada de un suelo de semejantes características. Desde la esquina noroccidental de la pileta se proyecta hacia el norte una canalización (CN234)

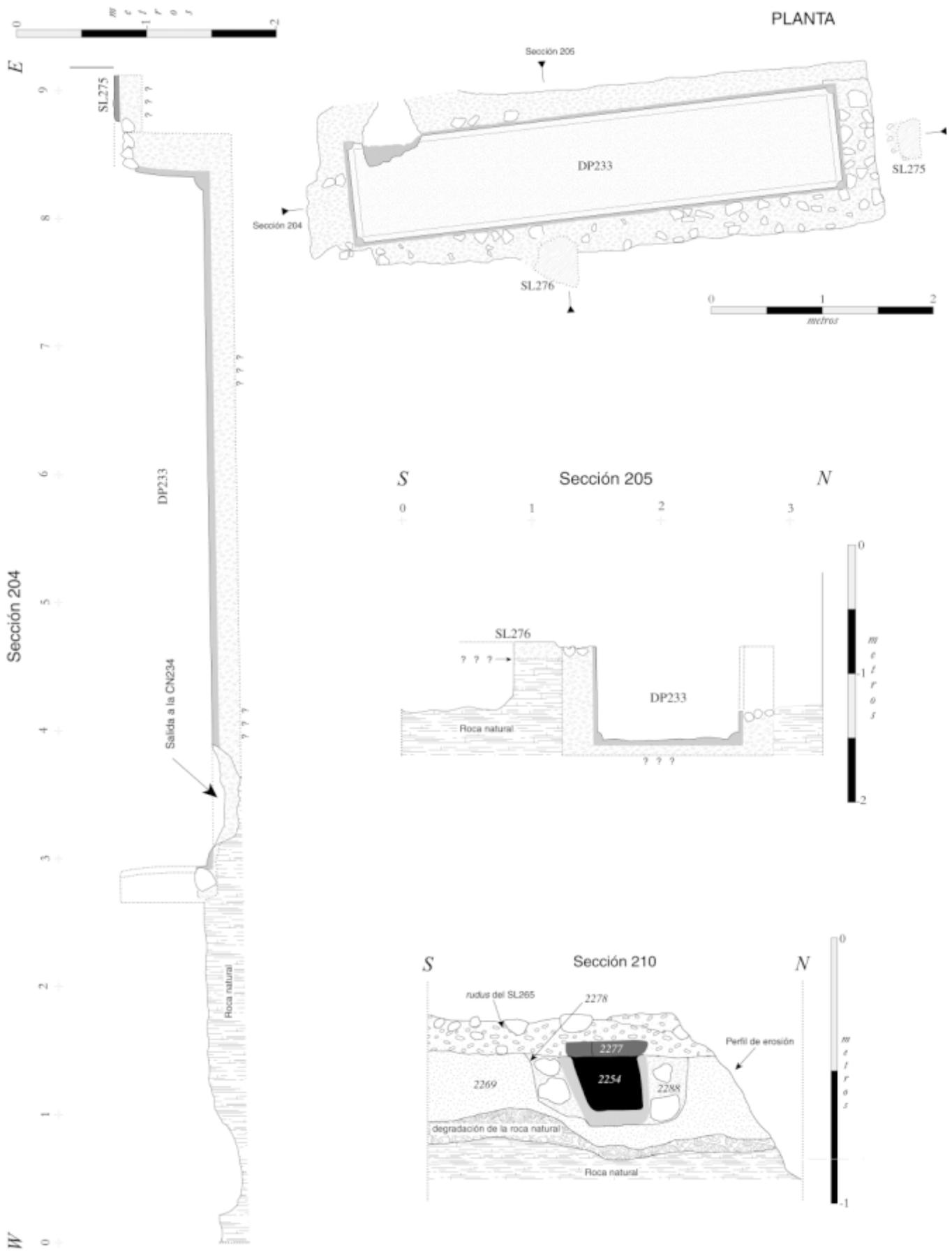


FIG. 4. Zona 2. Planta del depósito romano (DP233) y secciones. Sección 210 de la canalización romana.



a



b



c

LÁM. II. Zona 2. Fase romana: a, superposición de estructuras sobre la habitación en terraza DP271, vista desde el Sur; b, vista desde el Este del depósito romano; y, c, sección de la canalización romana (CN234).

también de *opus signinum* pero algo más irregular (fig. 4; lám. II, c); dicha canalización, que presenta una anchura media de unos 30 cm, estaría cubierta por ladrillos y, sobre ellos, el suelo que anteriormente definimos (SL265, fig. 4. 24, C y F). Esta canalización presenta un primer tramo, de unos cuatro metros, a partir del cual gira bruscamente hacia el oeste hasta perderse en el perfil occidental sin que llegemos a conocer hacia donde se dirigía. En el primer tramo, la canalización se asienta directamente sobre la placa caliza pero, desde el momento en que gira a la izquierda, sobre todo cuando llega a la altura de la terraza aproximándose a la habitación DP271, para conseguir que la pendiente sea constante, se rellena el antiguo corte de la terraza con un nivel de piedras de tamaño medio-pequeño (5-10 cm) para amortiguar la caída en pendiente, lo que nos permite determinar que la zona del DP271 y sus aledaños se abandonan durante esta fase altoimperial.

La zona central del corte durante esta fase está muy alterada por fosas y remociones posteriores, por lo tanto nos encontramos con dificultades aún mayores que en la fase anterior para poder asociar las distintas estructuras entre sí. No obstante, podemos aventurar que el espacio está relacionado con un sistema hidráulico y define una terraza que distribuye los volúmenes de forma semejante a la fase anterior; un espacio abierto con una construcción en su sector occidental. Ahora sí, este espacio abierto presenta dos alturas claramente distintas, pero unidas entre sí por rampas, como hemos visto que sucede con los suelos de *opus caementicium*, concretamente con los SL220 y SL274.

Esta fase, a diferencia de la anterior, está mejor fechada en cuanto a su momento final, ya que sobre el suelo SL220 encontramos un pequeño sedimento de abandono (UE2024) que permitiría determinar tanto la cronología final de esta fase como el momento inicial de la siguiente en el siglo III d.C., aunque no podamos precisarlos con mayor exactitud.

c) Tercera Fase. Bajo Imperial: 200/300 d.C. (Fase 2D3).

En esta tercera fase de ocupación romana todo el conjunto altoimperial es reformado. Solamente encontramos tres elementos que podrían pervivir: el acceso a la terraza, el propio muro septentrional de la terraza y la pileta romana (DP233).

En primer lugar parece construirse un muro este-oeste en la mitad del corte 2 (MR239) y que afecta claramente al suelo de *opus caementicium* dividiendo todo el espacio en dos partes a modo de terraza. El paramento septentrional de este muro aparece muy claro, en tanto que el paramento meridional se diluye, lo cual hace pensar que a la misma altura topográfica el muro era visible desde el norte y no desde el sur. Desde este muro de terraza se proyecta otro muro que se dirige directamente hacia el sur, el MR226, del cual, a unos cuatro metros, se lanza un nuevo muro hacia el oeste, paralelo al MR239; y desde este nuevo muro (MR245) se desarrolla otro paralelo al MR226 hacia el norte (MR231), aprovechando que todo el muro de contención de la terraza que existía en el extremo norte del centro artesanal, ha desaparecido por completo. En esta zona se ha producido un importante relleno con la clara intención de elevar la terraza inferior a la altura correspondiente para poder construir sobre esta parte del escalón.

Hacia la zona opuesta, es decir, hacia el este, observamos que el muro de la terraza se mantiene intacto. Lo que no podemos determinar es la relación existente entre ambos sectores de la terraza; el occidental ha cambiado profundamente desde la fase altoimperial, pero la oriental sigue con su misma función. Poco después del comienzo de esta fase parece que se inicia un relleno de la parte más baja de la terraza, con un aspecto más de colmatación lenta que de relleno antrópico rápido y voluntario. Toda esta reforma, que se produce a partir del siglo III d.C. afecta profundamente a todas las estructuras altoimperiales, a excepción hecha de la pileta DP233, que parece conservarse para almacenar agua.

A partir de este momento, la zona debió continuar con el aspecto que acabamos de describir hasta el siglo VI en que deberían encontrarse arrasada en gran parte.

d) Cuarta Fase. Antigüedad Tardía: 500/600 d.C. (Fase 2D4).

Esta es la última de las fases relacionadas con el mundo antiguo y, a pesar de la escasez de información, nos parece especialmente interesante. No se documenta ni un solo nivel de construcción ni de circulación ni de suelo; de hecho, los rellenos que encontramos repartidos por el conjunto del corte 2 generalmente proceden de cierres de diferentes fosas repartidas por todo el sondeo. Parece ser que muchas de las fosas parecen relacionarse con la posibilidad de expoliar piedras de los muros de fases anteriores. Esto, sólo en parte, explicaría la total inexistencia de niveles de derrumbe. Esta actitud es comprensible, sobre todo si tenemos en cuenta que la propia naturaleza del cerro donde se sitúa el Albaicín no presenta piedras ni de calidad ni en cantidad suficiente como para abastecer las necesidades de una población que ocupa este yacimiento durante un período de tiempo tan largo. De sobra son conocidas las explotaciones de canteras desde época romana en distintos puntos de la Vega de Granada, fundamentalmente de travertinos en la zona norte y de areniscas en la zona sur; pero parece poco probable que se utilizaran principalmente para la construcción en *Iliberri*, aunque podemos decir que la variedad de materiales de construcción se hace patente prácticamente desde la primera fase de las construcciones romanas: areniscas, calcarenitas, conglomerados, micaesquistos, pizarras, travertinos, calizas, serpentinas y cuarcitas son las principales rocas utilizadas en las construcciones que hemos ido analizando.

Este proceso de reaprovechamiento, sin duda, se debió producir en *Iliberri* de forma casi sistemática desde el siglo VI d.C., cuando sin duda la mayor parte de las explotaciones de cantera de la Vega o bien han dejado de utilizarse o se ha visto reducida notablemente, centrándose en un abastecimiento muy local.

En todo caso, las fosas existentes en el corte 2 relacionadas con el expolio evidencian el abandono total de este sector de la ciudad romana, por lo que es posible que ésta se hubiera concentrado en un núcleo notablemente más reducido, pues en el entorno de lo que posteriormente se denominará Alcazaba Cadima se ha constatado la existencia de materiales arqueológicos de los períodos emirales y califales.

Los rellenos de las fosas (FS252, FS256, FS260, FS261) han proporcionado abundante material caracterizado por la ausencia de importaciones norteafricanas de vajilla de mesa y la

presencia más o menos constante de botellas de una o dos asas verticales y cuello muy estrecho (conocidas bajo el nombre de jarritas visigodas), así como materiales hechos con tecnología de torneta, básicamente las denominadas paneras (cazuelas de borde recto vertical apuntado y fondo completamente plano), algunos cuencos (de perfil simple, en ocasiones con asas de oreja) y ollas (de perfil continuo o de cuello indicado), junto a la clase conocida como Terra Sigillata Hispánica Tardía Meridional.

4.3. Los niveles medievales y modernos.

a) Primera Fase. Ziri (Fase C3) (fig. 5. A).

Corte 2. De esta primera fase de construcción medieval datan las principales reformas que se documentan en la zona, principalmente a nivel de grandes estructuras. Se construye una gran estructura (MR240) de 1,8 m. de anchura en algunos puntos (lám. III, a) que funciona como terraza; atraviesa el corte en sentido este-oeste y a 6,2 metros antes de llegar al perfil oeste el paramento meridional se retranquea reduciéndose la anchura casi a la mitad. En este segundo tramo observamos que desde el MR240 arranca una estructura con una fundación muy profunda practicada sobre la roca, y que parece ser un muro que se lanza hacia el sur, pero al tratarse de una fundación no presenta claramente ninguno de sus paramentos, por lo que, a la espera de otras informaciones, nos hemos limitado a definirlo como una estructura sin interpretación (ES257). Ambas, ES257 y MR240 están construidas de la misma forma y al mismo tiempo.

El siguiente muro parece aprovechar uno anterior, el MR239, sobre el cual se asienta, presentando cierta linealidad con él. Se trata de un muro (MR219) muy mal conservado (sólo hemos podido documentar dos piedras), con idéntico sistema constructivo que el MR240. El paramento norte está recubierto de una capa de estuco blanco, lo que podría indicarnos que estamos ante una habitación; lamentablemente poco más se puede decir.

El tercer muro (MR249) que se conserva de esta fase también aprovecha estructuras más antiguas. Se trata de un reforzamiento de la antigua terraza construida en la primera fase romana, aunque podemos observar en este momento que cambia ligeramente la orientación del muro. También debemos hacer referencia a la existencia de un pozo o silo (SI237) situado inmediatamente al norte del MR249 y del cual se conserva parte del basamento del brocal circular de 80 cm de diámetro. Esta estructura permite reconocer que la antigua terraza ha desaparecido y que, en consecuencia, esta zona había sido rellenada con la finalidad de preparar un nivel sobre el cual construir.

El último muro perteneciente a este período que se documenta es más estrecho que los anteriores, de unos 60 cm, y presenta solamente una hilada de piedras de cantos de río dispuestos en espina de pez (MR242).

Corte 3. En esta zona no quedan restos de muro alguno, no ya sólo de cronología ziri sino de todo el medievo como resultado del arrasamiento generalizado que provocan las construcciones modernas. La única estructura que podríamos asimilar a este momento es un silo construido directamente sobre la roca natural (SI316). Tiene forma piriforme



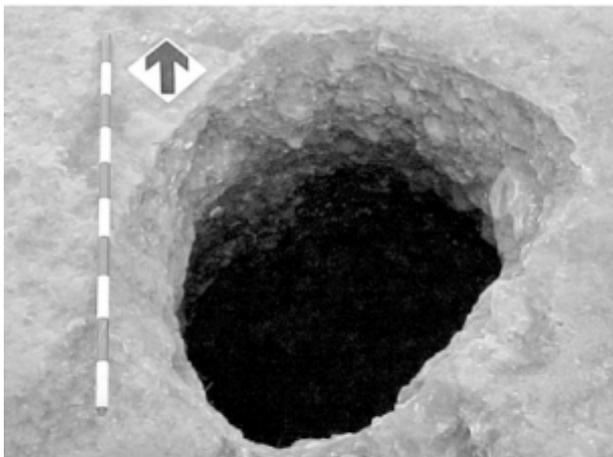
FIG. 5. Evolución urbanística de la zona 2 en época musulmana: A, 1000-1100; B, 1100-1300; y, C, 1300-1500.



a



b



c

LÁM. III. Fase musulmana: a, zona 2, cimentación del MR240 de fundación ziri; b, zona 2, canalización nazari; y, c, silo ziri SI316 excavado directamente sobre la roca.

con una anchura de boca de 80 cm de diámetro medio y un cuello con 40 cm de desarrollo a partir del cual se abre hasta alcanzar 1,2 m de diámetro máximo en el fondo (lám. III, c). Los análisis carpológicos de su interior no han aportado información alguna que pudiera arrojar algo de luz sobre el uso o lo que pudo contener. Inicialmente, durante su excavación, creímos que era romano pues el material recuperado de los dos niveles superiores de colmatación se adscribían claramente a este momento, pero al llegar al estrato de base apareció cerámica medieval que relacionamos con esta fase ziri. Aunque los rellenos presentan esta disparidad cronológica debemos dejar claro que individualmente son homogéneos, por lo que debemos suponer que la colmatación del silo tuvo dos momentos: uno inicial de sedimentación lenta donde se arroja basura doméstica y un segundo rápido donde se cogen rellenos próximos para terminar de colmatarlo; de ahí que aparezcan materiales romanos en los estratos superiores.

Una segunda estructura, la cueva-silo SI330 pudo también ser construida en esta fase. Se trata más bien de una intuición que no una evidencia pues la cerámica recuperada de los rellenos que la colmataban eran modernos (ss. XVII-XVIII). Bien pudo tratarse de la reutilización de una estructura ya existente, de la que desconoceríamos su función primaria, así como el período en que se excavó. No obstante, existen algunos silos medievales, concretamente en la zona del secano de la Alhambra, que presentan una estructura semejante: excavados bajo tierra, de planta circular y bóveda de media naranja, con chimenea o boca de conexión en la parte central hacia la superficie. En aquellos casos la estructura es clásicamente medieval. Si nos atenemos a la diferencia de cronología que se establece entre las dos fases que hemos documentado al interior de la cueva, consideramos que la formación de los últimos 3,5 metros de estratigrafía se ha producido en un período de tiempo inferior a dos siglos. Pero desconocemos por completo el desarrollo cronológico de la potencia final, ya que por ante el riesgo de desplome de la bóveda los técnicos de seguridad dictaminaron peligroso continuar con el sondeo de 2,5 m² que hicimos en el interior.

b) Segunda Fase. Almorávide/almohade (Fase C4) (fig. 5, B).

Esta fase está peor representada ya que solamente se conserva un muro y una canalización. Nada sabemos sobre las estructuras que pudieron perdurar de la fase anterior, puesto que no existe relación estructural ni estratigráfica entre ninguna de ellas.

Se observa un muro, el MR244, del que conservamos su fundación, muy semejante desde el punto de vista constructivo a lo que encontramos en la fase precedente, es decir, cantos de río de reducidas dimensiones dispuestos en espina de pez en algunos casos. Sobre esta preparación encontramos algunos sillares de calcarenitas reutilizados de fases romanas. El muro, justo al llegar al perfil oriental, gira hacia el norte, utilizando otros componentes constructivos, como ladrillo y arenisca de La Malahá.

De las estructuras puede resaltarse la canalización (CN227), construida con cal grasa y situada directamente en el perfil norte, hasta el punto de que sólo hemos podido documentar el brazo más meridional; esta canalización, que desciende hacia el este, fractura completamente una de la fase anterior

(CN259) inutilizándola. No sabemos dónde desemboca, pero debería desviarse o finalizar muy cerca ya que en el perfil occidental encontramos el giro del MR244 hacia el norte, lo que imposibilita el que la canalización se prolongue en este sentido.

c) Tercera Fase. Nazarí (Fase 2C5) (fig. 5, B).

Esta tercera fase presenta pocas alteraciones respecto a la anterior, posiblemente debido a la gran remoción que se produce en la zona a partir del siglo XVI. De hecho apenas si se constatan algunas estructuras nazaries, siendo, sin embargo más frecuentes las fosas, sobre todo algunas de grandes dimensiones que profundizan hasta el sustrato rocoso (UE2038 o UE2117).

5. EL MOBILIARIO: LA CERÁMICA.

A continuación presentamos los estudios de materiales cerámicos agrupándolos por las fases que han sido descritas en los capítulos precedentes. Una última cuestión a tener en cuenta es el sentido con el que utilizamos el concepto de vajilla: por tal se entiende el conjunto de cerámica a excepción de las ánforas, por su carácter particular, ya que, en principio fueron materiales fabricados específicamente para el transporte de algún producto, aunque en un segundo momento pudieran haber sido utilizados como sistema de almacenaje doméstico; pero, como esta segunda funcionalidad no queda plasmada en el tipo de contextos que vamos a estudiar, hemos considerado, por defecto, que no se trata de un servicio de uso propiamente doméstico. En síntesis, cuando se hable de vajilla se hace referencia a la suma de todas las clases cerámicas a excepción de las ánforas.

a) Fase E: los contextos ibéricos.

Fase E1 (Protoibérico). La división de la fase E1 en diferentes momentos nos permite realizar un estudio sobre la cerámica del período, con una media aproximada de 300 fragmentos por subfase que, aunque resulta una muestra algo reducida, permite realizar ya algunas comparaciones y cuantificar positivamente la validación de la muestra obtenida.

Visión sincrónica de las fases:

- **Fase E1a.** Esta primera subfase se compone de una muestra de unos 200 fragmentos de los cuales la vajilla a torno supone un 21% del total, las ánforas un 6% y la vajilla a mano un 73%; esta relación se matiza mejor con el análisis de NMI: 31%, 11% y 58%, respectivamente. De esta forma nos encontramos en un momento en el que la cerámica a mano es la técnica predominante. Presenta diferentes tratamientos de superficie así como algún tipo de decoración. En primer lugar, la alisada supone un 18% de la vajilla (NMI), con un solo tipo de forma documentada: fuentes de carena alta. La cerámica a mano sin tratamiento supone un 41% del total de la vajilla, siendo el grupo más importante, con formas poco variadas: ollas de perfil recto, ollas globulares de perfil divergente, vasos y grandes urnas. La decorada alcanza un escaso 5% del total de la vajilla, con una sola forma registrada: un vaso decorado con incisiones longitudinales al borde.

En vajilla a torno (31%) contamos con cerámica pintada policroma rojo-negro, gris a torno y común a torno. Sólo las dos primeras clases han ofrecido formas tipológicamente reconocibles. La cerámica pintada está presente con un borde de urna, decorado con un motivo muy común: una banda roja sobre el labio, salpicada de manchas negras. Por su parte la gris presenta un porcentaje de un 24% del material a torno con varias formas presentes: platos de perfil ondulado, platos de perfil simple y pequeños vasos globulares. Un elemento a destacar es un fondo de plato decorado en su cara externa con incisiones que parecen formar una retícula.

El ánfora ocupa solo un 5% de los fragmentos totales de esta subfase, sin que se hayan identificado fragmentos de borde.

- **Fase E1b.** La subfase E1b ha proporcionado unos 650 fragmentos de cerámica, de los cuales un 20% son de vajilla a mano, un 60% son de vajilla a torno y un 20% de ánfora. El análisis de NMI arroja los siguientes porcentajes: 13% para la vajilla a mano, 74% para la vajilla a torno y 13% para las ánforas.

La cerámica a mano se reparte en 11% para la cerámica a mano sin tratamiento, 2% para la alisada y 2% para la decorada. Formalmente hay que reseñar la presencia de ollas de perfil recto, ollas de tendencia globular, urna de borde y una botella alisada. Los motivos decorativos se centran en líneas digitadas que, o bien se aplican sobre el borde o sobre cordones aplicados en la panza de las piezas.

En la vajilla a torno se documentan las siguientes clases: barniz rojo fenicio, cerámica pintada, cerámica gris, común a torno y cocina a torno. El barniz rojo representa un 6% de la vajilla total con tres formas identificadas: un fragmento de cuello de jarro, un fragmento de borde de copa carenada y un fragmento de borde de plato. El fragmento de cuello de jarro es marcadamente vertical y cilíndrico, una característica que se adjudica a los jarros de boca de seta más antiguos (Martín 1995: 101) correspondientes al siglo VIII o principios del VII. La copa carenada presenta un diámetro pequeño, de 14,2 cm, característica que se suele señalar como un elemento cronológico antiguo para las copas carenadas (Martín 1995: 129). La cerámica pintada (6%) presenta varios ejemplos que se pueden englobar bajo el término de urnas. No se ha documentado policromía en ninguna de ellas, pero es muy probable que la tuvieran, puesto que hemos comprobado que es muy habitual la degradación diferencial entre colores. La cerámica gris es el grupo mayoritario con un 49% de la vajilla total. Se han registrado numerosas formas: platos de perfil ondulado, platos de borde simple, recortado o ligeramente divergente, fuentes y vasos carenados. Es destacable la presencia de un fondo de plato decorado en su cara externa con líneas incisas que forman una retícula. La cerámica común a torno representa un 17% de la vajilla total con las siguientes formas: jarra, *pithoi* de asa bífida, cuenco con asa horizontal, cazuela carenada y urnas. Un hecho destacable es la aparición de una serie de fragmentos a torno de cocción oxidante y aspecto muy tosco que presentan formas cerradas con labio divergente y que bien podemos denominar ollas. Esta clase representa solo un 4% de la vajilla total.

Las ánforas constituyen un 20% del número total de fragmentos y un 13% del total de NMI. Hemos detectado dos series: una (a-ibe) que suponemos de origen local y asociamos con las ánforas de tipología fenicia y otra (otanfor), caracterizada por una pasta de color marrón en superficie, que presenta en la fractura una degradación de rojo a negro, con inclusiones blancas, grises y brillantes. La primera es la mayoritaria, con un 91% de los fragmentos de ánfora identificados, presentando bordes de tipo R1; un segundo tipo de borde presenta hombro más horizontal, una pasta con abundantes inclusiones muy variadas y un engobe blanquecino externo, del que no conocemos paralelos. La segunda serie de ánforas presenta un borde engrosado de boca amplia y tendencia troncocónica invertida, para el que sólo conocemos un paralelo en la fase III del Castellar de Librilla (Murcia) bajo el tipo VIII.P.9 (Ros Sala 1989: 292).

- **Fase E1c.** Esta fase se compone de 362 fragmentos de cerámica, de los cuales un 14% son de cerámica a mano, un 19% son de ánfora y un 67% de cerámica a torno. El NMI ofrece una relación aún más desigual: un 7% para la cerámica a mano, un 86% para el torno y un 7% de ánfora.

En el material a mano el material alisado es muy escaso, aunque la única forma documentada sí lo esté; se trata de un perfil recto, difícil de concretar.

La cerámica pintada representa el 11% del total de la vajilla (NMI), con fragmentos de *pithoi* de asa bífida, de jarras y de fuentes. Los motivos decorativos se centran en bandas de color rojo sobre el labio, que en algunos casos presentan manchas de color negro y sentido vertical. De cerámica gris (63%) se han documentado platos de perfil ondulado, de borde ligeramente engrosado, de borde recortado, de borde vuelto engrosado y fuentes. La cerámica común presenta un bajo porcentaje, 7% del total de vajilla, con una sola forma documentada: un borde de urna. Dentro de la cerámica a torno hay que destacar la presencia de un borde de jarrita de pasta color rojo con inclusiones gruesas blancas y grises. La cerámica de cocina a torno (7%) presenta un solo tipo de forma: una olla de perfil simple.

Las ánforas constituyen el 19% de los fragmentos totales y el 7% de NMI. La relación entre a-ibe y otanfor es 96% contra 4%. No se ha documentado ninguna forma.

Fase E1d. Esta subfase nos ha proporcionado algo más de 200 fragmentos, de los cuales un 4% son de mano, un 42% de ánfora y un 54% de torno. La relación de los NMI es de 9% para la mano, 18% para las ánforas y 73% para el torno.

La cerámica a mano es muy escasa, un 11% del total de la vajilla y no ha ofrecido ninguna forma concreta.

El barniz rojo fenicio (6% del total de la vajilla) aparece representado por un borde de plato de diámetro externo de 18,9 cm, y anchura de borde de 4,5 cm, para el que resulta aventurado proponer una cronología concreta, puesto que sólo contamos con este ejemplar.

El material pintado (22%) presenta formas como una urna de cuello estrecho, otra de boca ancha y un cuenco de asa de espuerta, aunque en este último ha sido imposible interpretar fiablemente los restos de pintura conservados. Los motivos decorativos consisten bandas de color rojo sobre el labio,

salpicadas de manchas negras, y bandas negras paralelas en el cuerpo. La cerámica gris es la clase más importante (44%); las formas son los habituales platos y vasos, las fuentes, muy habituales en las subfases anteriores, han desaparecido completamente. De cerámica común a torno (11%) tenemos ollas y una fuente de gran diámetro. La cocina a torno supone un 6% del total de vajilla, sin formas específicas, salvo un fondo plano.

Los fragmentos de ánforas constituyen un 42% del total y un 18% del NMI total. Los bordes identificados corresponden al tipo R1 y se ha documentado un fragmento decorado precocion con líneas intercaladas con círculos en sentido diagonal.

- **Fase E1e.** La subfase E1e ha proporcionado algo más de 200 fragmentos, de los cuales un 13% son de cerámica a mano, un 17% de ánfora y un 70% de torno. El análisis de NMI ofrece un 6% para el material mano, un 13% para las ánforas y un 81% para el torno.

La cerámica a mano es muy escasa (7% de la vajilla); la única forma es un fragmento de borde alisado de una olla.

El barniz rojo fenicio está presente (4%) aunque no se hayan documentado formas.

La cerámica pintada ocupa un 22% de la vajilla total, con las siguientes formas: *pithoi*, urna y jarras. El *pithoi* presenta un labio muy marcado al exterior, con una carena en la zona de unión del cuello con el borde y con un asa acanalada. Los motivos decorativos son los habituales: bandas rojas sobre el labio, salpicadas de manchas negras verticales, líneas negras sobre el cuello y la panza, con ocasionales bandas rojas, e incluso un recubrimiento completo del cuerpo, como parece suceder con el *pithoi*. La cerámica gris supone un 37% de la vajilla con las siguientes formas: cuencos, platos de perfil ondulado, vasos y platos de borde corto carenado al exterior. Uno de los cuencos presenta un modelado asimétrico, con un agujero de laña precocion. De común (19%) tenemos urnas y platos de borde engrosado, posible imitación de un prototipo de cerámica gris. La cocina a torno (4%) está representada con una olla de borde engrosado

Hay que destacar un fragmento de arranque de asa sobre una carena, de pasta marrón en superficie y roja en el interior, con abundantes inclusiones negras y blancas, que consideramos de filiación fenicia. Se trata de un jarro de boca trilobulada, los cuales a partir del siglo VI pierden el engobe rojo y hacen más corto su cuello (Martín 1995: 101). Otro elemento destacable es un fragmento de arranque de cuello, de pasta color ocre muy homogénea, con inclusiones brillantes, recubierto exteriormente por un engobe blanquecino.

Los fragmentos de ánforas representan el 17% del total de fragmentos y un 13% del NMI. Los fragmentos de bordes de ánfora indígena han proporcionado dos tipos: R1 y R4. Cabe destacar una gran fragmento de arranque de asa que clasificamos dentro del grupo de otanfor.

Fase E4 (Ibérico Tardío). La muestra se compone de unos 550 fragmentos de cerámica, que se reparten así: 4% de cerámica fina, 24% de ánfora y 72% de cerámica común. Los porcentajes de NMI son: 9% de fina, 5% de ánfora y 86% de común.

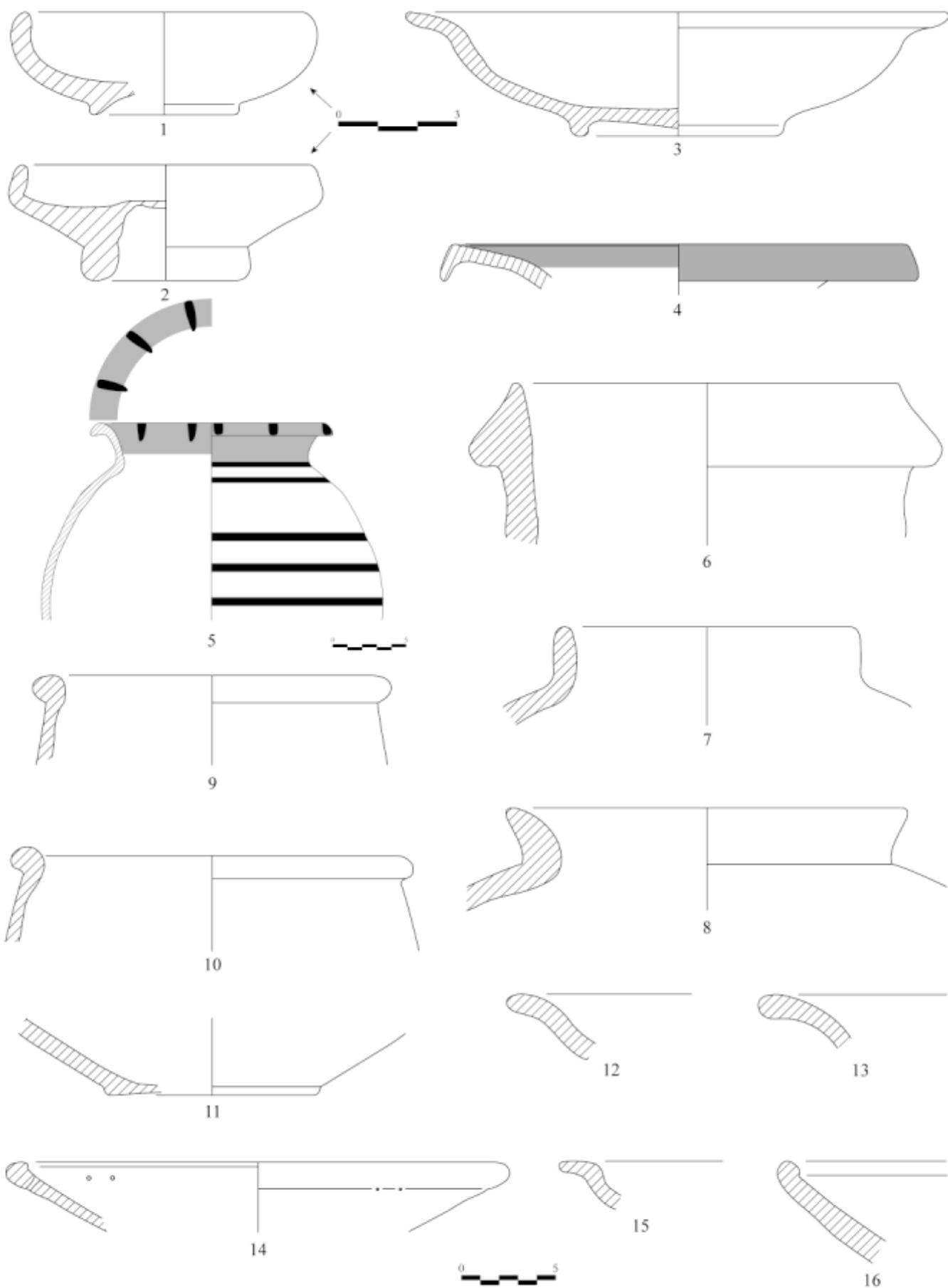


FIG. 6. Fase E (Ibérica): 1-3, común; 4-5, pintada; 6, ánfora grecoitalica Lwa; 7-8, ánfora; 9-10, cocina; 11-16, gris; 15, barniz rojo.

La cerámica fina se compone de tres clases: campaniense A, barniz rojo ibérico y pintada. Las dos primeras clases son meramente testimoniales, con un 2% de la vajilla total, mientras que la tercera ocupa un 7% de la vajilla total. Las formas pintadas documentadas son urnas, un tarro troncocónico y cuenco de borde entrante. La cerámica común presenta las siguientes formas: platos de borde entrante y de borde vuelto, cuencos de borde entrante y de borde ligeramente divergente, copas de pie alto, gobeletes, botellas, vasos, ollas, urnas y soportes de carrete. La cerámica de cocina se centra en ollas de borde vuelto divergente. Por último habría que señalar la presencia de un fragmento de fondo de mortero estriado.

En cuanto a las ánforas, se han identificado dos clases, por un lado la ibérica con un 96% del total de fragmentos de ánfora y, por otro, la itálica, con un 4%. La primera presenta los clásicos bordes engrosados mientras que la segunda nos ofrece un boca de tipología Dr. 1A..

b) Fase D: los contextos romanos.

Las múltiples alteraciones sufridas por la secuencia estratigráfica de época romana han impedido recuperar contextos plenamente homogéneos que permitan construir un análisis por porcentajes de la cerámica, especialmente para las fases más antiguas, por lo que, en algunos casos, nos limitaremos a señalar los escasos contextos intactos conservados de esos momentos.

Fase D1. Republicana.

Esta fase es la más pobremente representada de todas, puesto que tan solo contamos con una unidad datable en este período, la 2194, que es el nivel de preparación del SL255. La cronología propuesta para esta fase es de segunda mitad del siglo I a.C. Bastante escasa de material presenta material de tradición indígena, en concreto ánforas de tradición ibérica y cuencos en cerámica común junto a algún fragmento de ánfora itálica.

A esta fase hemos añadido algunos materiales descontextualizados muy característicos. Se trata de una pequeña copa que incluimos en la clase gris bastetana, serie de imitaciones grises de formas de cerámica campaniense, recientemente definidas para el área de Andalucía Oriental (Adroher y López 2000: 158-159). En concreto esta copita imita una Lamb. 2 de campaniense C.

Otros elementos descontextualizados que podemos situar en esta fase son un fragmento de borde de ánfora itálica Dr. 1B y una copita de sigillata itálica 15.2.

Fase D2. Altoimperio.

La fase D2 corresponde con el período alto imperial, pero al igual que en la fase anterior apenas contamos con contextos intactos; tan solo la UE 2251, que amortiza la ES205, y la UE 2208, nos han ofrecido un material significativo, datable entre el 25 y el 75 d.C. Sin embargo éste no supera los 100 fragmentos, lo cual invalida cualquier análisis sobre clases.

En cualquier caso, se pueden destacar algunos hechos sobre este contexto. En primer lugar las importaciones de cerámica se centran en sigillata de origen sudgálico: un fragmen-

to de borde copa Drag. 27b, un fragmento de fondo de plato y un fragmento de borde de copita Ritterling 8b, decorada con líneas incisas paralelas; a esto hay que sumar un fragmento de tapadera de común itálica tipo 7a. La no identificación de sigillata hispánica nos sitúa en un momento inmediatamente previo a la fuerte expansión que experimentarían esas producciones a partir de época flavia.

Otro aspecto importante es la presencia de un gobelete de paredes finas decorado con mamelones, que forman rombos y medio rombos en una banda, y cuya forma resulta difícil de encajar en un tipo de concreto, pudiendo decirse que quizás se trate de una variante de Mayet 38. A ese gobelete se suma otro fragmento engobado.

También se constata la pervivencia de material indígena, tanto en cerámica común como en pintada, con formas como platos de borde vuelto y platos de borde entrante. Ese material indígena convive con otras formas, de características técnicas muy similares, como fuentes y tapaderas, que ya podemos considerar como romanas.

En esta fase se incluyen un buen número de materiales descontextualizados, entre los que se cuentan platos en rojo pompeyano tipo 15, un plato Ri. 1 y una copita Ri. 8b en sigillata sudgálica, una tapadera 7b en común itálica, dos copas Hisp. 27, una copa Hisp. 33 y varias formas difíciles de clasificar de sigillata hispánica, así como una tapadera 196 en cocina africana, una imitación en cerámica común de un plato 6c de clara a y un fragmento de ánfora bética 12.

Ese material descontextualizado cubre un período cronológico, desde mediados del siglo I a muy inicios del siglo II, bastante bien conocido, desde un punto de vista cerámico, por las primeras intervenciones en el Carmen de la Muralla (Sotomayor, Sola y Choclán 1984).

Fase D3. Bajoimperio.

Esta fase se sitúa cronológicamente entre los siglos III y IV, correspondiendo con la amortización de las estructuras alto imperiales y la edificación de otras nuevas.

Se han contabilizado alrededor de unos 700 fragmentos de cerámica para esta fase, que se componen de un 6% de cerámica fina, un 38% de común, un 21% de cocina, un 19% de torneta, un 9% de ánfora y un 5% de dolium. A partir del NMI la relación es la que sigue: 2% de clara C, un 4% de clara D, un 6% de terra sigillata hispánica tardía meridional, un 44% de común, un 26% de cocina, un 15% de torneta, un 1% de ánfora y un 2% de dolium.

Las cerámicas finas se componen de diferentes clases: sigillata africana clara C, sigillata africana clara D, lucente y terra sigillata hispánica tardía meridional (tshtm), esta última recientemente definida (Orfila 1993) y para la que todavía se desconoce la ubicación de los centros productores. La clara C supone un 2% del total NMI de vajilla, habiéndose identificado un escaso repertorio de formas: copa 17B, plato 50A y copa Os. 115. Estas formas se datan en el siglo III d.C., pero aún se podría cerrar, puesto que las tres producciones sólo coinciden en el segundo cuarto. No se ha identificado ningún fragmento decorado. La clara D ocupa un porcentaje algo mayor, el 4%, pero tampoco presenta una gran variedad formal: plato 58B, plato 61A y plato 63, aunque este último sólo ha sido identificado en niveles superficiales. Estas for-

mas son típicas del siglo IV d.C. La *tshtm* es el grupo principal de las cerámicas finas, con un 8%. Las formas identificadas son: cuencos de borde ligeramente entrante definidos por Orfila como forma 1; cuencos carenados de borde divergente, forma 2 y cuencos de paredes rectas. Algunas de estas formas presentan decoraciones incisas buriladas en la cara externa, algo característico de estas producciones. Un hecho destacable ha sido la identificación de un fragmento de clara B-luciente (en la práctica ambas series son indistinguibles sin formas), una producción proveniente del valle del Ródano.

La cerámica común es la clase mayoritaria en esta fase, con un 44% del total del NMI de vajilla. El repertorio formal es bastante amplio: fuentes, platos, jarros, jarras, botellas, morteros y una gran variedad de formas cerradas, que debieron ser empleadas como contenedores. De estas formas las más llamativas son el conjunto de jarras, jarros y botellas de bocas estrechas.

La cerámica de cocina reductora-oxidante, con un 26% del total de NMI de vajilla, presenta un repertorio formal muy reducido, muy relacionado con actividades de preparación de alimentos. Se trata de tapaderas, cazuelas de perfil quebrado y ollas.

Cumpliendo las mismas funciones encontramos la cerámica a torneta o de torno lento, cuyo inicio podemos fechar en el siglo IV o quizás a finales del III d.C. Esta clase representa un técnica mixta entre la mano y el torno, que nos habla de una producción doméstica, que no necesita grandes conocimientos técnicos ni habilidades especiales. El repertorio, que alcanza un 15% de la vajilla total, consiste en ollas, cazuelas, tapaderas, jarras, y unos grandes discos con el borde corto y grueso, que denominamos paneras.

Un aspecto sugerente es la escasez de ánforas (en las que no hemos identificado ni un solo fragmento de borde), pero no contamos con un contexto significativo anterior con el que poder contrastar este dato.

Fase D4. Antigüedad Tardía.

La fase D4 carece de correspondencia con un momento constructivo, ya que tan solo se compone de algunas fosas y algunos rellenos aislados que amortizan las estructuras anteriores. Cronológicamente se puede situar entre la segunda mitad del siglo V y el siglo VI d.C.

Se han contabilizado unos 2.000 fragmentos de cerámica, que se desglosan en un 2% de cerámica fina, un 74% de común, un 8% de cocina, un 10% de torneta y un 3% de ánfora y *dolium*. El reparto por NMI es algo más matizado: un 5% de clara D, un 2% de *tshtm*, un 48% de común, un 17% de torneta, un 1% de ánfora y un 2% de *dolium*.

La clara D es ahora el grupo más importante de las cerámicas finas, con un 5% del total del NMI de vajilla. Hemos identificado un gran número de formas: copa 12 (fig. 7, 6), plato 58B1 (fig. 7, 8), plato 69 (fig. 7, 5), plato 87A, mortero 91B (fig. 7, 7), mortero 91C (fig. 7, 11), copa 97, copa 98 (fig. 7, 2), copa 99B (fig. 7, 3 y 12), plato 103B (fig. 7, 4), plato 104A (fig. 5, 7, 9 y 10). Estas formas cubren los siglos V y VI, pudiendo afirmarse que a finales del VI terminan las importaciones de clara D.

La *tshtm* pierde importancia en esta fase, ocupando solo un 2% del total del NMI de vajilla. Aún así, hemos docu-

mentado algunas formas: un cuenco de borde ligeramente entrante (fig. 7, 14), presentes en la anterior fase; un plato de borde vuelto engrosado (fig. 7, 13), una forma para la que no conocemos paralelos claros, ni siquiera entre la clara D y una copa de borde divergente con reborde (fig. 5, 7, 15), que cuenta con paralelos en formas de clara D del siglo V.

Dentro de la cerámica fina nos resta abordar dos clases marginales dentro del conjunto, por un lado la cerámica lucente y la tardía C (late-c). La primera presenta una copa tipo 10 (fig. 7, 1), de cronología imprecisa entre los siglos IV y V, que parece el prototipo de los cuencos de borde entrante de *tshtm*. La segunda, de origen mediterráneo oriental, ofrece un plato de borde en banda oblicua saliente tipo 3 (fig. 7, 16), desgraciadamente fuera de contexto, pero que nos atestigua la llegada de esta producción que algunos autores asocian a la presencia bizantina en el sur de la Península.

La cerámica común ocupa un 49% del total del NMI de vajilla, con un repertorio muy amplio: vaso de perfil en S (fig. 7, 35), vasos de tendencia troncocónica (fig. 7, 30, 31), tapaderas, cuencos (fig. 7, 35), jarras (fig. 7, 33 y 36), jarros, botellas (fig. 7, 39), fuentes, ollas (fig. 7, 40), platos y *dolia* de tamaño mediano (fig. 7, 37 y 38). Son muy característicos de los rellenos de este momento los fondos planos o ligeramente cóncavos (fig. 7, 12 y 13), para los que no conocemos una forma concreta en la que encajarlos.

La cerámica de cocina reductora-oxidante mantiene su importancia, con un 25% del total del NMI de vajilla, con un repertorio formal parecido, pero con algunos tipos nuevos. Así, las cazuelas de perfil quebrado han desaparecido, sustituidas por cazuelas de borde divergente (fig. 7, 23-25). Las ollas mantienen un aspecto muy parecido (fig. 7, 18-20) aunque con cierta tendencia a engrosar el labio. Un elemento novedoso es la aparición de vasos troncocónicos (fig. 7, 26) de tamaño más reducido que los fabricados en cerámica común.

La cerámica a torneta aumenta ligeramente su número, con respecto a la fase anterior, con un 18%. El repertorio se compone de paneras (fig. 7, 46-51), ollas globulares (fig. 7, 52 y 53), cazuelas de borde engrosado (fig. 7, 44) y otras formas de difícil definición (fig. 7, 43 y 45). Las paneras han sido identificadas en excavaciones de urgencia en Cartagena, en estratos de relleno de los siglos V al VII, bajo los tipos 10, 11, 12 y 13 (Laíz y Ruiz 1988: 291-296), considerándolas de fabricación local.

En cuanto a las ánforas, continúan siendo poco numerosas, por no decir muy escasas, pero hemos identificado algún fragmento de pasta de color rojo, con la superficie externa amarillenta y recubierta de un engobe grisáceo, que se corresponde con las características técnicas de las ánforas africanas. También hemos identificado un fragmento amorfo de ánfora *Lra2a*, producidas a finales del IV y durante todo el V en el Mediterráneo Oriental.

Por último, los *dolia* continúan estando presentes (fig. 7, 27-29), aunque con porcentajes muy bajos. Algunos pueden presentar decoración, mediante incisiones o deformaciones precocción, en la zona del borde e incluso estar engobados.

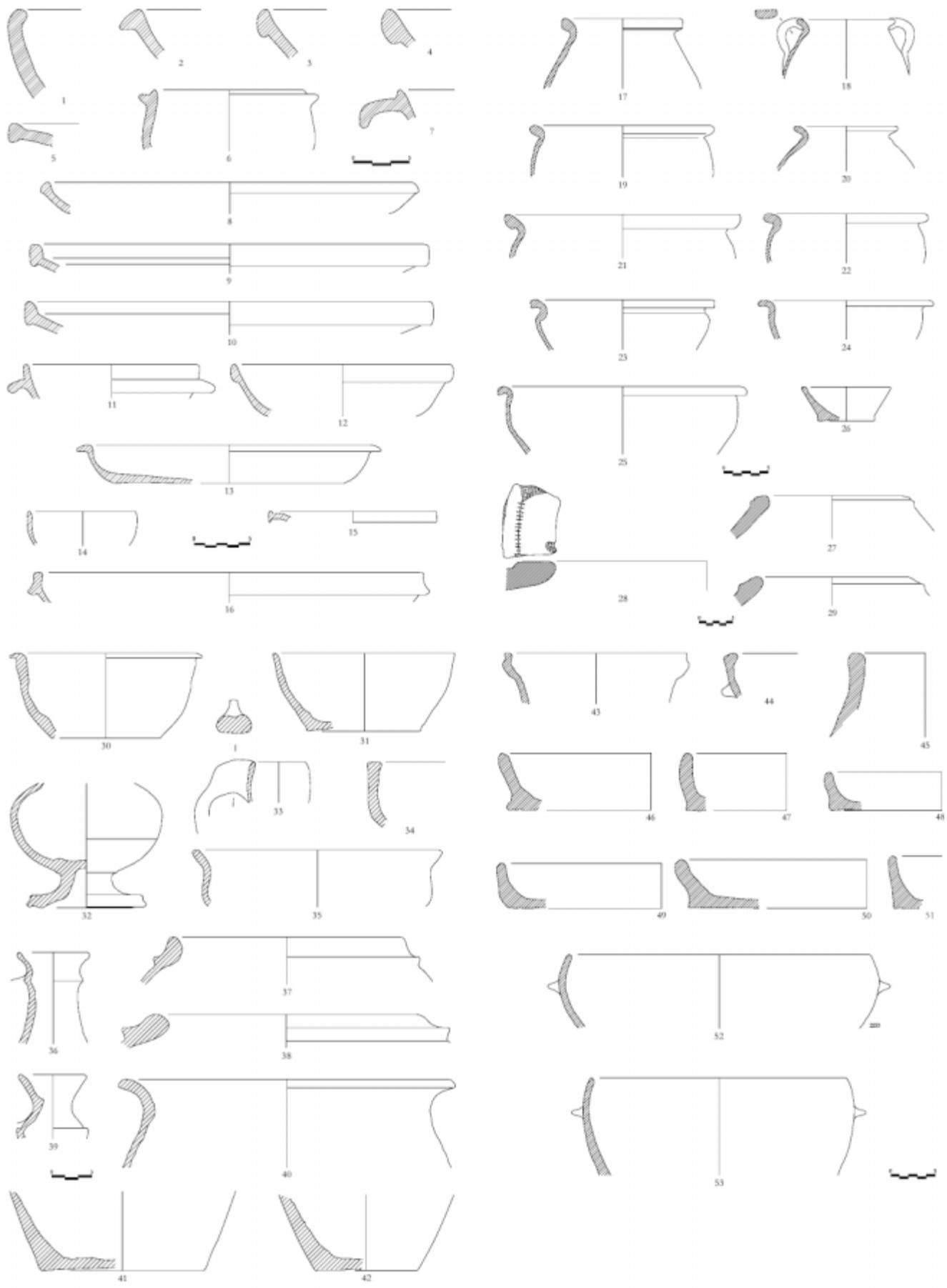


FIG. 7. Fase D4 (Antigüedad Tardía): 1, clara B/lucente; 2-12 clara d; 13-15, sigillata hispánica tardía meridional; 16, tardía romana C (late-C); 17-26, cocina; 27-29, dolia; 30-42, común; 43-53, torneta.

c) Fase C: los contextos medievales.

Fase C3. Ziri.

La fase C3 se compone de una serie de rellenos de silos y canalizaciones que encajan cronológicamente con los siglos X y XI.

Se han contabilizado cerca de 500 fragmentos de cerámica para esta fase, que se distribuyen de la siguiente manera: un 14% de finas vidriadas, un 1% de comunes pintadas, un 1% de roja fina, un 3% de clara, un 29% de común, un 4% de cocina vidriada, un 24% de cocina, un 14% de mano, un 2% de lebrillos y un 9% de tinajas. La vajilla según el NMI se compone de un 30% de vidriadas, un 5% de pintadas, un 1% de roja fina, un 4% de clara, un 21% de común, un 5% de cocina vidriada, un 24% de cocina y un 10% de mano.

Hay que hacer mención a la existencia en niveles superficiales (UE 2001 y UE 2002), de materiales de considerable antigüedad, posiblemente debido a las alteraciones sufridas en el solar en sus sucesivas modificaciones. Así encontramos, ciertos fragmentos pertenecientes a “ataifores” fechables en el siglo X- XI (fig. 8, 3). Este tipo de piezas vidriadas en color verde en el exterior y con el característico amarillo (melado claro) en el interior, suelen llevar el pie excavado, las paredes paralelas en su tramo superior y el borde ligeramente vuelto. De estas mismas características hemos localizado piezas en otras intervenciones, relacionadas con estructuras del siglo XI (López, Caballero y López, en prensa). Las otras tres piezas de este mismo tipo (fig. 8, 1, 2, y 4) son típicas de época califal, aunque su uso debió prolongarse hasta las primeras décadas del siglo XI. Nos queda señalar la existencia entre ellas de un ataifor de fondo plano, a los que les suele aplicar una cronología anterior (fig. 8, 1), aunque son también frecuentes en contextos del siglo X (“Ataifor del Caballo” de Medina Elvira). Por último y sobre este tipo de piezas, hacer hincapié en la ausencia de decoraciones realizadas con la técnica de vidriado en verde y manganeso, habituales para esta tipología y cronología, quizás por el deterioro que han sufrido, o por tratarse en todos los casos de producciones más modestas, alejadas de las vajillas de lujo más conocidas y estudiadas de esta época.

Igualmente en el contexto de los siglos X y XI y pertenecientes a las unidades antes citadas, encontramos dentro de las clases “común” y “cocina”, una cazuela de perfil muy semejante a la de los ataihores de fondo plano (fig. 8, 6), parte de un anafre del que no podemos determinar su tipo de parrilla (fig. 8, 7), dos cazuelas de borde en “S” muy característico (fig. 8, 8 y 9), una olla (fig. 8, 10) y el borde de una tinaja (fig. 8, 11), quizás de cuello cilíndrico, o como ocurre con los fragmentos, que destacaremos en el próximo apartado de este capítulo, perteneciente a un contenedor para almacenamiento de agua o grano, de cuerpo prácticamente cilíndrico.

Fase C4 y C5. Almorávide/almohade y Nazarí.

La fase C4 se compone principalmente de niveles de relleno susceptibles de un alto riesgo de intrusiones. Esta fase se corresponde con los siglos XII al XV.

En el análisis de esta fase se han estudiado unos 1.100 fragmentos, que se reparten como sigue: un 9% para finas vidriadas, un 3% para pintadas, un 5% para clara, un 3% de roja fina, un 32% de común, un 20% de cocina, un 23% de cocina vidriada, un 1% de lebrillos y un 4% de tinaja. La vajilla, analizada a partir del NMI, se desglosa de la siguiente manera: un 19% para finas vidriadas, un 5% de pintadas, un 4% de roja fina, un 5% de clara, un 23% de común, un 21% de cocina y un 23% de cocina vidriada.

Uno de los hechos más destacables es el aumento de la importancia de la cocina vidriada, al mismo tiempo que desaparecen las producciones a mano o torneta de la fase anterior, siendo éste un elemento muy significativo para caracterizar los contextos cerámicos de este período. También resulta significativa la caída del material fino vidriado, destinado a servicio de mesa.

Entre la cerámica vidriada hay que destacar los cuencos o escudillas de carena cercana al borde (fig. 8, 21-25) muy característicos en época nazarí, en los que podemos ver el empleo de la técnica del reflejo metálico o el vidriado verde turquesa. En este grupo tiene especial interés una “tetera” o jarro con pitorro vidriada en amarillo (melado claro sobre la pasta) (fig. 8, 13) que por la técnica de vidriado empleado y por las referencias que conocemos está muy relacionado con algunas producciones del siglo X, pudiéndose tratar en este caso un elemento intrusivo de este nivel.

Dentro de la cerámica bizcochada, sin decoración o con decoración pintada con engobe, encontramos, por un lado, dos piezas de cerámica fina con rasgos epigráficos. Una de ellas es un fragmento amorfo de cerámica esgrafiada (fig. 8, 27), posiblemente perteneciente a una jarra, en el que se pueden ver los astiles pertenecientes al motivo epigráfico, y parte de los tallos muy rizados que componen los temas vegetales. La otra es el fondo de un bote (fig. 8, 28) que recuerda a los modernos albarellos de farmacia, en el que también puede leerse un motivo epigráfico. Además encontramos en este grupo las características jarras de pasta roja y fina, con decoración de agrupaciones de líneas de engobe blanco en cuello y panza (fig. 8, 30, 31, 42-44).

La cerámica de cocina tanto vidriada como sin vidriar, presenta formas muy características, como cazuelas de borde entrante (fig. 8, 36 y 37), cazuelas de borde en T (fig. 8, 33) o cazuelas de borde divergente externo (fig. 8, 32 y 34), que conocemos en contextos muy claros de los siglos XIV y XV (Godoy, López y Caballero 2001, fase 8). A estas formas hay que sumar las tapaderas cónicas tanto en cocina como en cerámica común (fig. 8, 39-41).

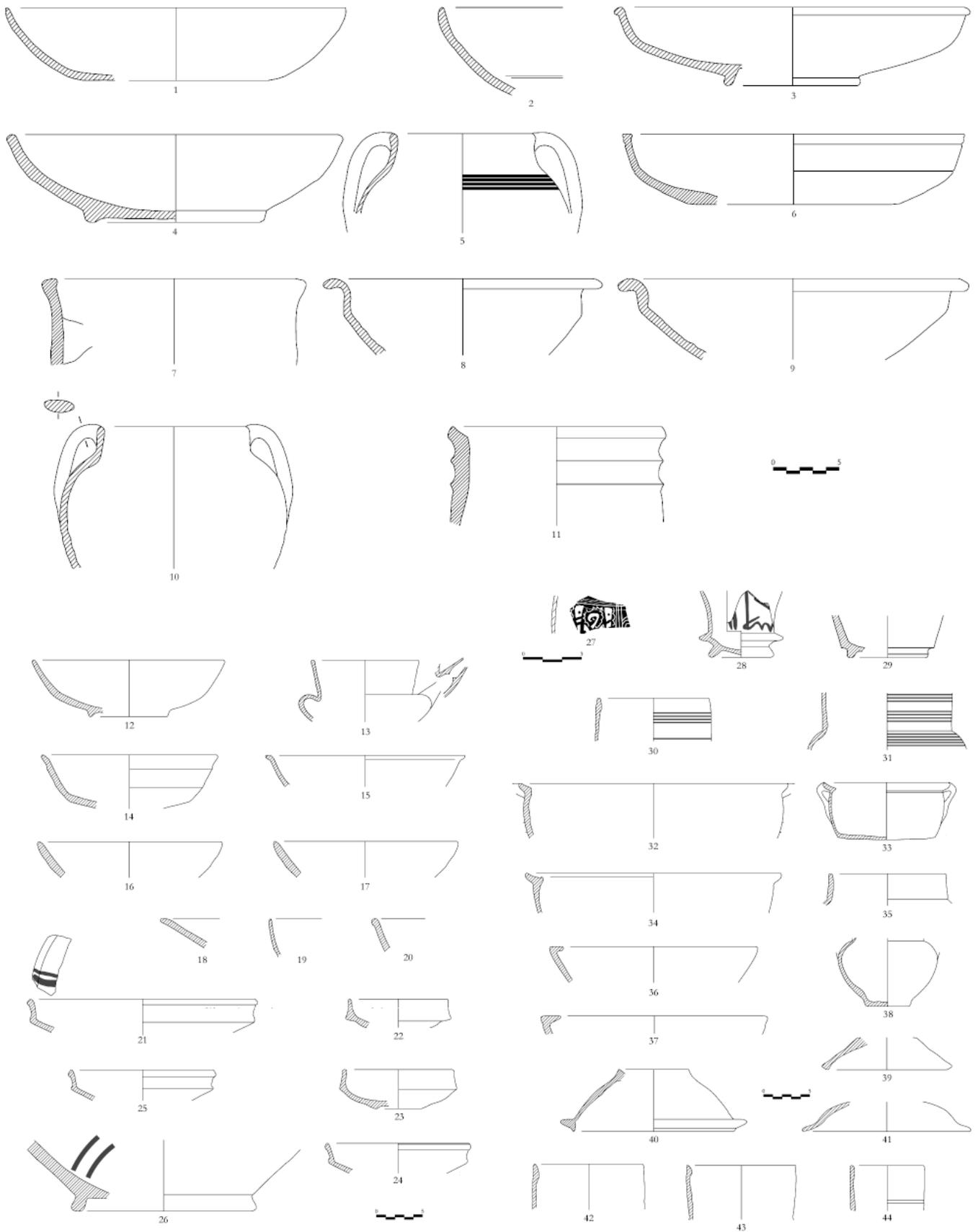


FIG. 8. Fase C3 (Ziri): 1, amacalif; 2, bigris; 3, biclara (amarillo/verde); 4, monroja-d; 5, cocpin; 6-10, cochm; 11, t-com. Fase C4-C5 (Almohade/Nazari): 12, biroja (melado/verde); 13, 15, monclara; 14, 25, refmet; 16, 17, 20, 22-24, monroja; 18, bigris (verde claro/verde oscuro); 19, biclara; 21, monroja-d (verde sobre amarillo); 26, refmet-d (azul sobre blanco); 27, esgraf; 28, pinegraclara; 29, claraahm; 30-31, piblaroja; 32-35, cocvid; 36, 37, 39, 40, cochm; 38, 41-44, comhm.



a



b



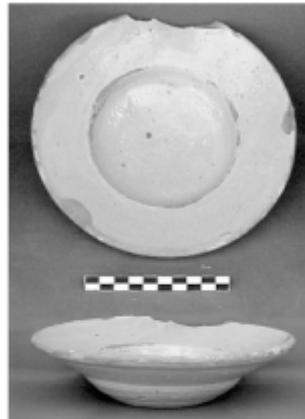
c



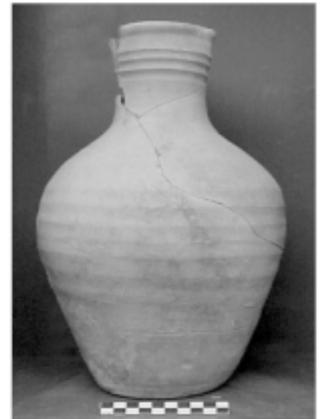
d



e



g



h



f



i



j

LÁM. IV. Ejemplos de mobiliario: a, fragmento de un gran contenedor vidriado al interior y exterior en color melado con decoración en manganeso en la que destaca la grupa de un animal; b, hueso trabajado con decoración antropomorfa; c, plato forma 16 en blamod decorado con escudo; d, pipa de hachís; e, maravedíes resellados de Felipe IV; f, cuenco de vidrio; g, plato 1 de blamod; h, jarro moderno; i, olla vidriada contemporánea.

Bibliografía

- ADROHER, Andrés M^a y LÓPEZ, Antonio, “Contextos de barniz negro de la Alta Andalucía entre los siglos II y I a.C.”, en X. Aquilué, J. García Roselló y J. Guitart, *La ceràmica de vernís negre dels segles II i I aC: centres productors mediterranis i comercialització a la Península Ibèrica*, Taula rodona. Empúries, juny de 1998, Mataró, 2000, pp. 149-176.
- GODOY, Rafael, LÓPEZ, Antonio y CABALLERO, Alejandro, “Excavación arqueológica de urgencia en el solar de la calle Comendadoras de Santiago, 7 (Granada)”, AAA 1997/III, Sevilla, 2001, pp. 240-250.
- LAÍZ, M.D. y RUÍZ, E., “Cerámicas de cocina de los siglos V-VII en Cartagena (C/ Orce-D. Gil)”, *Arte y poblamiento en el SE. Peninsular*, Antig. Crist. V, Murcia, 1988.
- LÓPEZ, Antonio, CABALLERO, Alejandro y LÓPEZ, M^a Carmen en prensa, “Excavación de urgencia en el Horno del Vidrio (Granada)”, en AAA 1998/III, Sevilla.
- MARTÍN, J.A., Catálogo documental de los fenicios en Andalucía, Sevilla, 1995.
- ORFILA, Margarita, “Terra sigillata hispánica tardía meridional”, AEspA 66, Madrid, 1993, pp. 125-149.
- ROS SALA, M., Dinámica urbanística y cultura material del Hierro antiguo en el valle del Guadalentín, Murcia, 1989.
- SOTOMAYOR, Manuel, SOLA, Antonio y CHOCLÁN, Concepción, Los más antiguos vestigios de la Granada ibero-romana y árabe, Granada, 1984.